



Si tú me miras



COLECCIÓN PLANETA VERDE

© del texto, Daniela Márquez Colodro, 2017
© Fotografía de portada: Shutterstock

Diseño de colección:
María de los Ángeles Vargas T.

© Editorial Planeta Chilena S.A., 2017
Av. Andrés Bello 2115, piso 8,
Providencia, Santiago de Chile.
www.planetalector.cl
www.planetadelibros.cl

Ninguna parte de esta publicación,
incluido el diseño de la portada,
puede ser reproducida, almacenada o
transmitida en manera alguna ni por
ningún medio, sin permiso previo por
escrito del editor.

1ª ed. en Planeta Lector | julio 2017
ISBN | 978-956-360-279-1

Impreso en Chile / Printed in Chile

**El libro original protege el
trabajo del autor, diseñador y
del equipo editorial. Comprar el
original es respetar ese trabajo.
No fomentes el delito de la
piratería.**

Si tú me miras

Daniela Márquez Colodro

 **Planetalector**
Literatura Infantil y Juvenil

Capítulo 1

Esa mañana de marzo me sorprendí con la mirada de Gabriel sobre la mía, observándome mucho más intensa y detenidamente que antes. Que nunca. Diría que Gabriel no podía sacarme los ojos de encima, pero confesar algo así podría sonar un poco creído. El caso es que ahí estaba, viéndome, siguiéndome con esos ojos que esta vez me parecían distintos. Incluso lindos. Desde que entré a la sala esa mañana y durante toda la primera hora pude sentir que algo le estaba pasando conmigo cada vez que coincidíamos con la mirada, y lo más gracioso de todo, es que no me molestó. Por el contrario. ¿Acaso esto que sentía era el comienzo de mi primera historia de amor? Y aunque algo en mi interior me decía que esa intuición era correcta y reconocerlo me llenaba de emoción, no me sirvió para anticipar lo que esta nueva experiencia provocaría en mi vida algunos meses después.

La primera clase de ese primer día del año escolar empezó con lenguaje y comunicación. Y mientras el profesor daba las instrucciones para la primera unidad del año, yo no podía dejar de mirar hacia la puerta. Y es que Javiera no había llegado y eso me tenía impaciente. No podía concentrarme para comenzar a escribir nuestras

aventuras por el Parque Nacional Laguna del Laja, en la Octava Región del Bío-bío, donde mi familia y yo acampamos este verano. Javiera Urzúa era mi mejor amiga y nos sentábamos juntas desde primero básico. No podía entender su ausencia en un día tan importante como este. ¡Era el primer día de clases!

Traté de calmarme pensando que tal vez en su casa se habían quedado dormidos y que seguramente vendría mañana. En eso, la sala comenzó a silenciarse y mis compañeros, a redactar el trabajo. Entonces, me puse a escribir.

Durante el recreo traté de conversar con mis amigas y de escuchar cada una de las aventuras que traían consigo de las largas vacaciones de verano. Pero la presencia de Gabriel en el patio me desconcentraba. De tanto en tanto, me descolgaba de la conversación de mis compañeras para buscarlo con los ojos, como si por alguna extraña razón no debiera perderlo de vista. Y no me tranquilizaba hasta encontrarlo. Las más de las veces coincidíamos en la búsqueda y al darnos cuenta, cada uno se ruborizaba y desviaba la mirada. Qué me estaba pasando.

Gabriel era de esos compañeros invisibles, que no se percibía en clases, que no destacaba por sus notas ni por su personalidad. Creo que nunca me había fijado en él. Tal vez por eso ahora me llamaban tanto la atención sus ojos. Nunca había mirado sus ojos ni su pelo, que me parecía tan lindo, rizado en la nuca. Solo sabía su apellido y nada más. Si tenía hermanos, si vivía cerca

o lejos del colegio, si era bueno para el fútbol o si era de un grupo o de otro, no tenía la menor idea. Únicamente sabía que se llama Gabriel Maturana, que era compañero de colegio desde prekínder y que habíamos llegado a séptimo básico sin saber nada el uno del otro. Ni siquiera podía recordar el timbre de su voz.

Capítulo 2

Javiera llegó finalmente a clases unos días después. La perla andaba con su mamá y unos tíos recorriendo el sur, y los pilló no sé qué mal tiempo en un pueblo chico. Quedaron aislados e incluso hubo días en los que se alimentaron solo de galletas y Coca-Cola.

Javiera era mi mejor amiga. Al menos lo había sido desde que entramos al colegio. Muchas veces, cuando se quedaba a dormir en mi casa, mis papás nos dejaban ver alguna película hasta tarde. Hacíamos gimnasia rítmica juntas todos los miércoles en la tarde en el colegio. Y aunque ella tenía mucha más gracia que yo, igual le hacía empeño y practicaba con ella. Éramos una gran dupla y nos contábamos todo. Incluso, muchas veces me comentó llorando lo mucho que extrañaba a su papá, que vivía en Ecuador. Lo veía una vez al año con suerte y, según ella, prácticamente era un desconocido en su vida. Se había vuelto a casar con una colombiana y tenía otros cuatro hijos más, con los que compartía cada vez que viajaba a Guayaquil a visitarlos. Su mamá no había vuelto a casarse y cambiaba de pololo como de vestido; trabajaba como enfermera de turno en una prestigiosa clínica de cirugías estéticas, por lo que finalmente mi

amiga pasaba la mayor parte del tiempo con su abuela, una mujer muy estricta que la había criado desde chica.

Javiera era una niña muy linda, de facciones simples. Tenía el pelo castaño, ni liso ni crespo. Y lo usaba corto y desordenado, lo que la hacía ver muy interesante. Y aunque muchos compañeros la pelaban por su mal genio, conmigo era muy dulce y buena amiga. Siempre imaginábamos situaciones de grandes, como estudiar la misma carrera, conocer a nuestros novios en la misma fiesta, trabajar juntas, ser vecinas, embarazarnos al mismo tiempo y esas cosas.

Ese jueves, Javiera llegó casi a las ocho, y mi alegría fue tan inmensa que me lancé sobre ella para abrazarla y decirle que me tenía preocupada y que me alegraba tanto volver a verla. Pero su actitud fue muy distante. Casi fría. De su cuerpo no se movió ningún músculo para responder a mi abrazo, y yo me descolgué inmediatamente al sentir su frialdad. Esperaba que se ahogara contándome una tras otra las aventuras de su viaje, pero en vez de eso, me encontré con una Javiera distinta, como clonada. Igualita a la amiga que dejé de ver en enero, pero indiferente y desconocida. Parecía un envase humano, vacía por dentro. Tal vez sí estaba clonada y mi misión era descubrirlo. Quizás éramos parte de algún experimento del FBI o de la Nasa para notar la diferencia entre humanos y clonados, o simplemente era una broma de esas que hacen en la tele para hacer caer a la gente y luego compensarla con alguna bicicleta o un Play Station.

Pero los días pasaron y nada de eso ocurrió. Javiera no se sentó conmigo como todos los años, y prefirió a Mariana, en la última fila porque, según ella, sentarse adelante era de pernos. Esos días que faltó a clases, Pancha se estaba sentando conmigo, pero sabiendo que cuando llegara Javiera se tendría que cambiar. Y como eso no pasó, decidimos quedarnos juntas el resto del año.

Pancha Gutiérrez era una niña corriente, de esas que no se sienten. No tenía ningún atractivo físico y era más bien rellenita, pero dueña de un cerebro matemático que ya se lo hubiera querido cualquiera. Sacaba el mejor promedio del curso en ese ramo, y además, tenía una gran voluntad para explicar los ejercicios cuando alguno de nosotros no entendía. Desde el momento en que nos sentamos juntas, me empezó a ir mucho mejor en las pruebas. Hacíamos los trabajos grupales juntas, en todos los ramos, y como vivíamos cerca, nos turnábamos la casa para realizarlos.

No puedo negar que el proceso de separación con Javiera me costó y que sufrí mucho, pero las cosas lentamente se calmaron y Pancha me ayudó a superarlo. Era una buena amiga y yo me sentía cómoda con ella.

Las semanas comenzaron a correr y podía notar que Gabriel me estaba descubriendo, y esa sensación me emocionaba como nunca antes algo lo había hecho. Nadie me había mirado de esa manera jamás. Y me gustó, aunque no sabía bien qué podía significar. A esas alturas, la actitud de Javiera ya no me dolía, aunque debo reconocer que me dejaba con muchas preguntas en el aire:

¿Qué justificaría su cambio conmigo? ¿Quizás había dejado de quererme de un día para otro, después de haber sido prácticamente como hermanas? ¿Los hermanos se dejan de querer? No tenía las respuestas. Lo único que sí tenía claro era que ella nos había empezado a tratar de manera distinta a todas, no solo a mí. Si estábamos en algún grupo en el recreo, hacía notar que ella tenía más experiencia con los hombres que nosotras, ya que tenía pololo desde el verano; que su mamá le había tenido que comprar varios sostenes, que durante las vacaciones le había llegado la regla y se había desarrollado rápidamente; que nosotras no sabíamos nada de esas cosas porque éramos unas niñas todavía y que ya nos tocaría “algún día”, nos decía con un tono burlón que no me gustaba nada.

Cada día se dedicaba a mostrar los tirantes de sus diferentes sostenes a las demás compañeras a través de su blusa y a contarnos sobre sus cambios físicos. Que su mamá la había llevado al centro comercial a depilarse por primera vez, que ya no soportaba usar esos calzones con los días de la semana como las niñas chicas, que su vecino le había pedido pololeo y que lo estaba pensando, ya que igual tenía pololo oficial, y tantas otras cosas. Estaba claro que ella se sentía mayor, más grande y más mujer. Y lo hacía notar sin vergüenza. Seguro que en silencio rogaba por ser la única desarrollada del curso. Tal vez nos tenía a todas hechizadas para impedirlo. Quién sabe, no cuesta mucho conseguir un pelo de cada

una de nosotras para hacer un maleficio. ¿Y si practicaba vudú? Qué horror. Solo pensarlo me erizaba los pelos.

Comenzó mayo y el frío empezó a notarse por las mañanas. No habíamos pasado la primera quincena cuando Paty lanzó su noticia en el recreo: le había llegado la regla a ella también y sus padres se lo iban a celebrar con una fiesta en su casa, un sábado por la noche. Al menos Javiera ya no era la protagonista. Le había salido competencia. Igual respiré al escucharlo. Al parecer nos habíamos librado de sus brujerías.

Y aunque pensar en una fiesta hasta tarde era algo muy novedoso y emocionante para nosotros, me entristecía mi aspecto aún infantil. Estaba segura de que sería la última en desarrollarme. Yo era un palo de flaca y no tenía para cuándo menstruar ni menos usar sostén. Obvio.

Por esos días Gabriel empezó a rondarme y a tratar de conversar conmigo. Aunque llegado el momento del recreo, con ese tiempo suficiente y maravilloso para intercambiar palabras, frases o simplemente sonrisas, al final partía con sus amigos a la cancha a jugar fútbol.

Mi mamá fue la más feliz con aquello de la fiesta. Tanto, que prácticamente me obligó a comprarme ropa para ese día. Y aunque a mí no me emocionó mucho la idea, partimos a Falabella. En una de esas encontraba algo que me hiciera parecer “menos niña”, como decía Javiera... si es que había algo en el infinito mundo de la moda que pudiera hacerme parecer menos infantil, claro.

Como Javiera vivía a tres cuadras de mi casa, mi mamá se ofreció a llevarla, porque “pobre alma solitaria, sin un padre que la proteja y con una madre entregada al trabajo” y bla, bla. La pasamos a buscar como a las nueve, y para mi sorpresa —y especialmente la de mi mamá— venía con una mini de jeans cortísima, bien maquillada y perfumada, con cartera y unas botas negras con taco. Mi mamá se quedó para adentro, y yo, que iba con mis zapatos de siempre, esos que nos compramos juntas el año pasado cuando aun éramos inseparables, mis jeans gastados y la polera nueva, no sabía adónde meterme. Cuando llegamos a la casa de Paty me dio vergüenza bajarme del auto con ella. Se veía fácilmente diez años mayor que yo. Más alta, más mujer. Igual no puedo negar que se veía muy bien, pero no tenía nada que ver conmigo. Era como meter un personaje de *Harry Potter* en *La Guerra de las Galaxias*. Raro. Por suerte nos encontramos en la puerta con Ximena y Emilia que venían llegando, así que entramos las cuatro juntas al living. Javiera entró al final, como lo hacen las divas, y todos los hombres del curso se quedaron mirándola con la boca abierta. Por supuesto que a mí nadie me miró. Ni siquiera Gabriel, que se quedó hipnotizado igual que los demás cuando ella apareció detrás de mí.

La fiesta finalmente tuvo poco de fiesta. Todas nosotras terminamos a un lado del living, esperando sin fortuna que alguno de los compañeros se nos acercara, aunque solo fuera para pedir que le compartiéramos internet del celular. En cambio, ella, la diva, se quedó al

otro lado, rodeada de moscardones que le preguntaban cosas y la miraban con la baba colgando. Era para deprimirse. Lo más triste de todo fue que ese día yo me había soltado el pelo y andaba sin mi pinche de siempre. Y eso era todo un avance en mi look de pelo largo y parejo. Mi mamá lo había lavado con un champú especial con aceite de almendras y me puso una espuma en las puntas para darle más volumen. Se veía tan lindo. Ya no estaba liso y lacio como de costumbre. Pero nadie me dijo nada y, al parecer, Gabriel no lo notó.

Sin saber qué hacer, fui al baño para refugiarme y ver si lograba calmarme un poco. Gabriel estaba ahí, y yo no sabía cómo manejarlo frente a él ni qué hacer para atraer su atención. Me miré al espejo, me di ánimo y salí. Al cruzar el living, lo vi sentado en un sillón. No recuerdo quién estaba con él. No podía desconcentrarme. Solo sé que me miró, yo mantuve esa mirada unos segundos, ambos sonreímos, y sin saber qué más hacer, seguí caminando hacia mi grupo de amigas. Estaba segura de que él se levantaría y se acercaría a conversar conmigo. Pero eso nunca pasó.

Cuando sentíamos que esa noche no podía ser peor, Javiera nos ofreció su actuación final, y como si lo que iba a hacer fuera de lo más natural y cotidiano del mundo, tomó su cartera, la abrió y sacó una cajetilla de cigarrillos como los que fuma la abuela Toña. Lentamente y como si fuera un mago que mueve las manos con exagerada delicadeza para que nadie sospeche que hace trampa, sacó uno de los cigarrillos, se lo llevó a la boca

toda pintarrajeada y lo encendió delante de todos, como si nada, como si fuera parte de su vida. Después de vaciar ese humo repugnante desde su boca, sonrió y le ofreció una piteada a la tropa de babosos, los que por supuesto aceptaron. Así, terminaron todos fumando la pipa de la paz, en medio de un festival de toses y ahogados. Daban pena.

Paty, Caro y Xime se sentaron en el suelo a contar chistes para nosotras, mientras Pancha dormía profundamente en uno de los sillones, y en el fondo se sentían las risas de los compañeros rodeando a Javi con *24K Magic* de Bruno Mars que empezaba una y otra vez, ya que ninguna de nosotras tenía ganas de hacer de D.J., y los hombres estaban demasiado ocupados para recordar que estábamos en una fiesta.

Por suerte mi mamá fue de las primeras en llegar a buscarme. Nos llevamos a Pancha que ya lloraba por una cama y dejamos a Javiera en la fiesta, pues se iba a dormir a la casa de Mariana.

La noche terminó con el interrogatorio de mi mamá cuando nos bajamos del auto en la casa y me sintió pasada a cigarrillo. Me hizo jurarle por Santiaguito, mi hermano de un año, que no había fumado. Finalmente, me creyó que el lugar entero estaba hediondo. Además, mi cara de decepción absoluta ayudó a mi credibilidad.

Capítulo 3

En Santiago llegó el invierno de un día para otro, aun cuando recién estábamos comenzando junio. Hacía un frío terrible en las mañanas y costaba un mundo calentar la silla de la sala. En clases, la cosa andaba igual que siempre. Gabriel llevaba unos días mirándome de nuevo, aunque no puedo negar que Javiera seguía siendo la reina del curso.

Esa semana, Pancha y yo descubrimos que el Pelao Ramírez, ese mateo con cara de ratón, le estaba haciendo a Javiera los resúmenes de los libros que teníamos que leer para lenguaje cada mes. Su popularidad había llegado a tal punto, que incluso Rodrigo Moncada le iba a enseñar matemáticas a su casa, siendo que la perla se depilaba las cejas en clases, escondida en la última fila, mientras los demás prestábamos atención. Estaban todos locos por ella y no entendía bien por qué, así que una mañana decidí observarla para descubrirlo, y para mi fatalidad, comprobé que su busto estaba mucho más desarrollado que en marzo, y que andaba muy derecha para que se le notara. Tenía cuerpo de mujer y eso a los hombres del curso les tenía las hormonas revolucionadas. ¿Y yo? Yo había empezado a envidiarla en silencio, y eso me apenaba.

Ese invierno recibí la visita de mi prima Cristina, hija del tío Alberto, el único hermano de mi papá, desde Australia. Con ella no éramos primas hermanas, sino que primas-amigas y con el mismo apellido. Primas-amigas-hermanas. Y salvo mi estrecha amistad con Javiera en el pasado, nada podía superarlo.

Cristina era atleta desde muy chica. Pero atleta de verdad, no como yo, que jugaba voleibol los fines de semana y el resto de los días ni me acordaba. Este año, además, ni siquiera me había inscrito en gimnasia rítmica los miércoles. Andaba floja para mover los huesos. En cambio, Cristina tenía esa disciplina que desarrollan los deportistas.

Cuando aún vivían en Chile y Cristina se quedaba a dormir en mi casa, o cuando ambas nos quedábamos donde la abuela Toña los fines de semana, ella se levantaba muy temprano para salir a entrenar, y volvía cuando yo aun no abría un ojo, para tomar desayuno feliz de la vida. El deporte era su pasión. Además, era hermosa de verdad. Tenía los ojos más lindos y especiales que nunca vi, y una dulzura insuperable. Era diez meses mayor que yo, por lo tanto parecíamos mellizas, aunque físicamente no fuéramos parecidas. Con sus padres y mi primo chico, se fueron a vivir a Australia hacía ya dos años, y al tío Alberto le estaba yendo muy bien allá. Su vasta experiencia en la industria del vino en el valle de Colchagua fue un trampolín fundamental para su aterrizaje en una de las regiones vitivinícolas más famosas de ese país.